

Las *artes plásticas y arquitectónicas* que observó Sarmiento durante su travesía por España también le producirán un saldo negativo.

Aquél se detiene en un ejemplo paradigmático: el Escorial, un cadáver con el alma atenazada, que sirvió de simbólica sepultura al poderío español, al desarrollo colonial, a la libertad de pensamiento, a las letras y las bellas artes, al conocimiento riguroso: «¡Oh Escorial!, aquí, bajo tus bóvedas sombrías, está toda la historia de esta pobre enferma, cuyo hondo mal médico alguno ha estudiado todavía».¹²

En el Museo del Prado tampoco encuentra nada demasiado relevante. Corolario: «La España moderna no tiene ni pintura sagrada ni profana». La escultórica resulta aún más desfavorecida, pues se afirma la carencia total de estatuas tanto antiguas como modernas, lo cual hallaría su explicación en el predominio de un gobierno teocrático renuente a exaltar las glorias terrenales.

No sólo las ciencias de la naturaleza sino hasta las propias *humanidades* reflejan una absoluta orfandad. No es que faltaran únicamente grandes figuras como Bacon, Descartes o Leibnitz para emancipar el pensamiento de las oscuridades medievales: «Historiadores, filósofos, son palabras que están mandadas recoger del idioma español».¹³

En los estudios sistemáticos ni siquiera se da cabida a la lengua griega, la cual, alejada de los dominantes intereses clericales, fue introducida en Francia e Inglaterra por parte de los laicos. El mismo Cervantes permaneció ignorado por los propios españoles, siendo necesario que otros países lo pusieran en circulación.

Por otra parte, las *ciencias modernas*, ausentes en España, constituirían avances posteriores a aquel escritor. El mismo descubrimiento de América no se derivó de una previsión científica: «Colón no vino en busca de la América, sino que tropezó con ella, sin saberlo durante sus días».¹⁴

Tampoco se han hecho estudios sobre el suelo de España y en ella resultaban desconocidos los geólogos, los botánicos y los zoólogos modernos, quienes subsistían sin ser traducidos.

Invocando nuevamente su «teoría» sobre el particular, Sarmiento no dejará de plantear como «extraño a los movimientos de nuestro cerebro español todo lo que huela a ciencias naturales».¹⁵

En lo tocante a *educación*, se enfatiza las grandes multitudes analfabetas que existían en España; situación compartida por uno de los héroes principales de la Hispanidad: el Cid Campeador. El rezago pedagógico se torna todavía mucho mayor si se piensa, circunsriptamente, en la enseñanza de la mujer.

Otro rubro afín tiene que ver con la *producción libresca* en España, afectada por una doble postración, tanto desde el punto de vista cuantitativo como en lo concerniente al tipo de obras publicadas. A la falta de actualidad se añade la escasez y la mala calidad del material publicado:

¹² Ibid., pp. 217ss.

¹³ O. Completas, t. 4, p. 40.

¹⁴ Ibid., t. 29, p. 320.

¹⁵ Ibid., t. 38, Conflicto y armonías... II (B. A., I. y L. M. Moreno, 1900), p. 195.



La porteña esquina de Florida y Sarmiento en 1886

La Alemania o más bien el alemán está representado por ocho mil obras que se publican anualmente hace años, habiendo uno de once mil. El inglés, por un número que no baja de cuatro mil en Europa y dos mil a dos mil quinientos en América. El francés, por cuatro mil anuales cuando menos. De la lengua castellana no podría decirse el número de libros que la representan en el movimiento intelectual. Un escritor de la Península, quejándose de la injusticia de las otras naciones para con la española, en prueba de que no tenía razón, enumeraba obras que sabía se estaban escribiendo actualmente, hasta diez y siete, la mayor parte de ellas sobre cosas internas de la España misma, y por tanto sin interés directo para esta América, poco curiosa de lo que pasa por allí [...]. Tengo la colección de la *Revista Enciclopédica* francesa, publicación que tenía por objeto anunciar y examinar los libros que se publicaban en todo el mundo civilizado. Cada mes se daba a luz un inmenso catálogo de libros franceses, alemanes, polacos, italianos, ingleses, norte-americanos, y hasta de los griegos. Pero las palabras España y América española nunca las vi puestas en lista; parecían borradas estas naciones del catálogo de los pueblos actuales.¹⁶

Por añadidura, la mayor parte de los libros en castellano aparecían en Londres, Burdeos, Bruselas y, sobre todo, París, esto es, fuera de España, donde casi no quedaban más editores y el público ilustrado tampoco consumía un gran caudal bibliográfico. Lo que se publica en el mismo territorio español resulta encima mucho más oneroso: «Los libros impresos en Barcelona en mal papel, con peor tipo y pésima tinta, nos cuestan un 40, un 50 y a veces un 300 por ciento más caro que los libros franceses o ingleses».¹⁷

A modo de síntesis, constantemente se asevera que la nación española es aquella que «menos puede pretender a nada suyo propio en materia de trabajos de la inteligencia».¹⁸

Sarmiento, manejando en este punto un concepto bastante adelantado sobre la inteligencia y la cultura, no reduce estas últimas al sentido tradicional de su correlación con las artes liberales sino que las hace extensivas a casi todo el quehacer humano. De tal manera, se ocupa de múltiples actividades y de la sociedad española en su conjunto.

España se le muestra como un país que no ha alcanzado a constituirse como nación, donde imperan el espíritu lugareño y las rivalidades aldeanas, que llevan a que nadie se sienta español sino catalán, vasco o castellano. Cada provincia aparece como un reino aparte sin integrarse dentro del Estado.

El panorama general resulta desolador, dotado con una atmósfera simple y rudimentaria, como si se estuviera en medio del África o el Asia. Mientras se acusa la falta de caminos y transportes se subraya la abundancia de asaltantes y mendigos. Ello produce en Sarmiento la imagen de un pueblo brutal, decadente e inculto, lleno de remiendos físicos y morales, con enormes vacíos por cubrir.

Para resumir el estado económico de cosas se realiza la siguiente deducción: «En industria, comercio, marina nada pueden enseñarnos los libros españoles, porque la España ni tiene fábricas, ni comercio, ni un buque que merezca el nombre de tal».¹⁹

La actividad productiva está centrada en elementos muy primarios como las lanas, los cereales y el aceite, mientras que hay cosas —lámparas, arados, mantos, etc.— que

¹⁶ Ibid., t. 30, p. 387; t. 4, p. 37.

¹⁷ Ibid., t. 4, p. 47.

¹⁸ Viajes, p. 209.

¹⁹ O. Completas, t. 4, p. 40.